

hombre principia en el conocimiento de Dios, y Cristo se lo da por la fe, de la cual este Sacramento es el misterio más consolador. Se apoya en la esperanza de la gloria, á la que se camina por el sacrificio; y Cristo le da en la sagrada Eucaristía la prenda de esa gloria, el modelo del sacrificio, y la gracia necesaria para abrazar este y llegar á aquella. Se consume con la caridad que une á Dios, y Cristo le da en este Sacramento la fuente de la caridad, y el medio más cierto y eficaz de unirse á Dios. Este último es el punto de vista bajo el cual hemos de considerarle hoy. Yo quisiera, hermanos míos, tener mis labios purificados y mi lengua abrasada con aquel carbon encendido y seráfico que purificó los labios de Isaías, para explicar las inestimables riquezas de la inmensa caridad de Jesucristo con los hombres. Yo quisiera mi corazon abrasado con un celo y ardor cual se requiere para celebrar el infinito amor de Jesucristo. Solo el amor puede hablar de los misterios del amor, y este misterio se llama el misterio del amor por excelencia: en él, como dice Tertuliano, llegó Jesucristo á la consumacion de la caridad (1), derramando, añade el Concilio de Trento, todas las riquezas de esa caridad sobre nosotros (2). En su omnipotencia no pudo darnos más, exclama el grande Agustino; en su sabiduría no supo hacer más; en su riqueza sin fin y en su amor inmenso, no le fué posible llegar á más para hacernos felices (3). Porque ese Sacramento es la felicidad del hombre, el bien sumo dado

(1) Sublimatus est in consummationem. (Tertul. adv. Judæos, cap. 14.)

(2) Sacramentum hoc instituit, in quo divitias divini sui erga homines amoris velut effudit. (Conc. Trid., Sess. 13, cap. 2.)

(3) Dicere audeo quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit. (S. Aug., Tract. 26 in Joann.)

á cada uno en la tierra de una manera misteriosa pero real, preludiando la posesion del mismo bien en el cielo, de una manera clara, perfecta y eterna (1).

Hé aquí el término de la grande obra de Jesucristo, el término de la restauracion, la union del hombre con Dios para ser inmensamente feliz. Sentemos una proposicion. La felicidad del hombre está en Dios, se logra por la union con él, y el lazo de esta union es el amor: primera parte. La sagrada Eucaristía, Sacramento todo de amor y vínculo de caridad, es la fuente inagotable de esa felicidad, haciendo que por la Comunión el hombre viva de Dios, sea como Dios: segunda parte.

PRIMERA PARTE.

El hombre, Señores, ha nacido para la grandeza, para la felicidad, y con todas sus fuerzas aspira siempre á ella. Esta aspiracion generosa, efecto de la semejanza de Dios que hay en el hombre, forma la pasion universal (2). Es la pasion que resume y comprende en sí todas las demás pasiones, las engendra, las fomenta y las mantiene todas; ella es el móvil de todas las acciones, de todos los deseos. ¿Y qué es la felicidad? ¿En qué consiste? En la posesion de un bien que á la vez sea verdad, belleza y bondad, para satisfacer cumplidamente las necesidades del hombre y abarcar toda su vida; para llenar

(1) Panem angelorum sub sacramento manducamus in terris; eundem sine sacramento manifestius edemus in cœlis. (S. Ciprian. Serm. de Cœna Dom.)

(2) Omnes una voce si interrogari possent, utrum beati esse vellent, sine ulla dubitatione, velle, responderent. (S. Aug., Confess. lib. 10, cap. 20.)

las nobles aspiraciones de la inteligencia, los generosos deseos del corazón, y el hambre insaciable de gozar que acompaña siempre á la criatura.

Ahora bien, entregado el hombre á sí mismo, ¿descubre ese bien, esa felicidad á que aspira? No, Señores. Desde el día en que las pasiones se sobrepusieron á la razón y los deseos del hombre se desordenaron, perdió la luz y se quedó en tinieblas, perdió el gusto y el conocimiento de Dios, desconoció el mal hasta el punto de colocarlo en el lugar del soberano bien, hasta el punto de divinizarlo. Los filósofos se afanan por descubrir la esencia de ese bien, que todos buscan y nadie encuentra. La cuestión del bien sumo ha sido la más agitada en la antigüedad pagana y en la filosofía moderna; porque la cuestión de la felicidad sale de las entrañas de la humanidad. San Agustín nos dice en su Ciudad de Dios, que Varron contaba más de doscientas ochenta sectas, entre existentes y posibles, sobre la esencia de ese bien (1). Sócrates y Zenon la colocan en una virtud indefinida; Epicuro la cifra en los deleites; Pirron en la exención de todo deber, en una vida de instinto; Epicteto en una paz inalterable, fruto de una insensibilidad perfecta (2); Séneca, remontándose sobre los demás, dice que el hombre no saldrá de su abyección si no se eleva sobre la humanidad; y otro filósofo calificaba de imposible la felicidad para el hombre, mientras Dios no le dé la mano, y aquel, renunciando á sí mismo

(1) Marcus Varro has quatuor adhibens differentias.... ad sectas ducentas octoginta octo pervenit; et si quæ aliæ possunt similiter adjici. (Id. id., lib. 19, cap. 2.)

(2) ¿Quid dicitis, Epicurei? ¿Quæ res facit beatam vitam? Respondent: voluptas corporis. ¿Quid dicitis, Stoici? Respondent: virtus animi. (Id. Serm. 150, de Script., in cap. 17 Act. Ap.) Balmes, Historia de la Filosofía; Aug. Nicolás, Estudios, part. 2, cap. 3.

y á sus propios medios, no se deje ayudar y conducir por medios puramente celestiales y divinos (1). Es decir, amados míos, que el hombre siempre estará desordenado, siempre caminará á tientas, como un ciego, mientras una luz superior no le descubra el soberano bien, objeto de sus constantes deseos (2).

Pasemos adelante. Para satisfacer esta pasión suprema, necesita el hombre medios proporcionados á la naturaleza del bien á que aspira. No siéndole conocido este bien, tampoco puede alcanzar los medios de encontrarlo; y siguiendo las ideas equivocadas de su razón, dominada por el apetito, se entrega á las criaturas. No ve sino á ellas, y á ellas pide auxilio; y amontona riquezas, y aspira á la soberanía, y se engolfa en la sensualidad. ¿Logra su deseo? No, Señores: las criaturas son impotentes para producir la felicidad.

Lo que busca el hombre, su aspiración, es, repito, la posesión de un bien que satisfaga todas sus necesidades. Ese bien, por lo mismo, ha de ser universal; solo así puede hacer felices á todos. Ha de ser eterno; si no lo es, el temor de perderle priva al hombre de la mejor parte del placer de gozarle. Ha de ser inmutable; de otro modo no descansará el hombre en su posesión (3). Ha de ser, finalmente, infinito: el corazón no se contenta con lo que tiene límites; siempre tiene hambre, y cuando encuentra y posee un objeto, no queda satisfecho si le ve un término, porque el deseo no le tiene, y

(1) Montaigne, citando á Séneca en sus Ensayos, lib. 2, cap. 12.

(2) Platon, Apología Socratis.

(3) Si quis beatus esse statuit, id eum sibi comparare debet quod semper manet, nec ulla sæviante fortuna eripi potest.... Qui timet, videtur tibi beatus esse? Non videtur. Ergo quod amat, si perdere timet, non potest beatus esse.... Amitti possunt illa fortuita; non ergo hæc qui amat et possidet, potest ullo modo esse beatus. (S. Aug. de Vita beata, cap. 2.)

necesita un objeto sin fin que le sacie, que le llene, que le extinga, no dejándole en qué ejercitarse (1). ¿Puede el hombre, entregado á sí mismo, y sin otros medios que su razon y las criaturas, encontrar ese bien necesario para satisfacer una pasion inmensa? No: ni las riquezas le satisfacen, porque no las posee todas; ni los placeres le sacian, porque se acaban; ni el poder es bastante, porque no le libra de sus miserias; ni los honores y los aplausos contentan su corazon, porque siente y teme la envidia, y porque nada le dan de positivo. Todos estos bienes afectan al exterior, al cuerpo, á la imaginacion tal vez; pero al fondo del alma, á esa region superior, no llegan: la materia no penetra tanto. Sus apetitos irritados excitan al hombre; las pasiones le arrastran; el vacío que hay en su corazon es preciso llenarlo; y en su frenesí se entrega á todo, lo prueba todo. San Agustín nos ofrece un ejemplo en sí mismo. Leed el sublime libro de sus Confesiones, y lo vereis. Su sabiduría le atrajo los aplausos, los honores y las riquezas: esto no llenó su corazon. Buscó los placeres, y se entregó á la sensualidad y al libertinaje: gozaba un momento, y se desesperaba porque no podia gozar más. Buscaba en su imaginacion de fuego mayores estímulos á todas sus pasiones, pero en vano; su corazon nunca se llenaba; el vacío era cada vez más horroroso. Y esto es, hermanos míos, lo que sucede á todo hombre entregado á sí mismo para satisfacer su gran pasion. Hambriento de felicidad la pide á los sentidos en el placer, á la tierra en sus producciones, á los metales en su brillo, á los hombres en sus homenajes, á las mujeres en su amor. La satis-

(1) Tantæ dignitatis est cor humanum, ut nullum bonum præter summum ei sufficere possit. (Id.)

faccion de su orgullo, la hartura de su avaricia, la embriaguez de su lujuria son su ley, su aspiracion, su bello ideal. Pero ¿cuándo se satisface? Nunca, Señores, nunca. Un instante goza, un momento se embriaga, y exclama: ¡Soy feliz! No le creais: es mentira. Esperad, esperad un instante: dejad que desaparezca de su vista el objeto que producía su efimera ilusion, que cese la momentánea agitacion de su sangre, cuyo hervor levantaba un vapor fugaz que, envolviendo su alma como en una niebla, se lo vestía todo con los colores del iris, y todo se lo presentaba bello: aguardad á que los sentidos vuelvan á su calma, que se desvanezca el vapor, que descienda del mundo de la imaginacion y de las ilusiones, á la vida positiva: es un instante; vedle; acabó el encanto. Aquel hombre ya no goza; ya no se llama feliz; tiene otra ved sed de placeres, tiene hambre de otros goces que vuelvan á agitar su naturaleza, y la agitan destruyéndola. Es decir, que el hombre, para gozar lo que él llama felicidad y placer, el placer que por sí solo puede alcanzar, ha de perder necesariamente la dulce calma del corazon. Cuando esa calma se restablece, acercaos á su corazon; golpeadle; el golpe resonará en una cavidad vacía: aplicad el oido; percibireis primero un murmullo, luego una voz clara que sale de su cavernoso fondo, gritando: *Afferte, afferte*; dadme, traedme más, salgamos de nosotros mismos, embriaguémonos, y en esta embriaguez gocemos (1). Lejos de ser el dueño, es el esclavo; y arrastrado constantemente por sus pasiones que le tiranizan, pierde con frecuencia su honor, aniquila su salud, degrada su sér, corrompe cuanto toca, siembra su camino de víctimas que le maldicen, y á

(1) Sap. II, 6; Isai. LVI, 12.